

Gabriel Marcel

Nació en París el 7 de diciembre de 1889, en el seno de una familia de posición acomodada (su padre era un diplomático), lo que posibilitó que, desde su infancia, pudiera recibir la educación que le convertiría en un hombre de vasta cultura (además de filósofo, fue dramaturgo y crítico de arte). A pesar de ser de origen judío, abrazó el catolicismo a los cuarenta años de edad. Por su constitución débil se libró de prestar servicio militar durante la Primera Guerra Mundial, pero se enroló en la sociedad de la Cruz Roja, en la cual trabajó en una oficina que trataba de ayudar a descubrir la suerte de personas desaparecidas durante la sangrienta conflagración. Esa experiencia llevó al joven filósofo a cuestionarse por el otro, por el más allá, por el sufrimiento y por la muerte. En el transcurso de la Segunda, se dedicó a escribir en su casa de campo. Poco después de concluir ésta (en 1947), murió su esposa Jacqueline, con la cual estuvo casado durante casi treinta años y a la cual, evidentemente, jamás pudo olvidar: *Amar a un ser es decirle tú no morirás*. Gabriel Marcel falleció en 1973.

Indudablemente, resulta un filósofo muy difícil de clasificar; ha sido considerado como un existencialista cristiano, un representante genuino del personalismo y él mismo, en el prólogo de una de sus obras, se definió como neosocrático. En general, puede decirse que su filosofía constituye una reflexión sobre la existencia humana a partir de sus experiencias personales y de sus relaciones con otras personas; pero, sobre todo en sus inicios, muestra una marcada influencia de Kierkegaard, lo cual se pone especialmente de manifiesto en algunas obras como *Diario Metafísico* (1927) y *El misterio del ser* (1951). Si se analiza su obra en conjunto, se puede encontrar una defensa de la singularidad de todo lo que existe y del misterio del ser, en oposición al criterio de verificación empírica, así como la afirmación de la inobjetividad del sentimiento corporal. Ello, unido a su doctrina del misterio ontológico, configura toda su filosofía como una metodología de lo inverificable: la persona no puede ser totalmente explicada por las ciencias objetivas verificables, pero tampoco se le puede reducir a meros sentimientos subjetivos, como hacen los idealistas. Para Marcel, la existencia es entendida como encarnación (sentimiento de estar insertados en el mundo) y como participación (apertura a los otros).

La base de todo su pensamiento es su arraigada convicción de la trascendencia divina y su firme fe en Dios. Su reflexión no es sistemática, pues rechaza de plano toda construcción organizada de sistemas, al igual que declara su repugnancia a pensar en categorías conceptuales y razonamientos deductivos. Su método consiste en una reflexión sobre la unidad concreta del vivir y el pensar en el existente, admitiendo como grandes realidades concretas al yo y al tú. Pretende recuperar el racionalismo idealista fundamentando la realidad particular y singular, porque hay que captar la vida palpitante y trágica del individuo: *Creo que la exigencia de Dios no es otra cosa que la*



exigencia de trascendencia descubriendo su auténtico rostro... ninguna filosofía podrá dar un golpe de Estado instaurando como Dios algo que la conciencia creyente rehúsa conocer como tal.

Otro concepto fundamental en la filosofía de Marcel, es la distinción entre problema y meta problema, al referirse al ser: cuando abordamos el problema del ser, del sentido de

la realidad y de nosotros mismos, desaparecen todos los datos conocidos -en cuanto tales- y todo se vuelve problemático, porque nos envuelve. El problema es algo que se alza ante nosotros y separa el sujeto del objeto. Debido a esto, la pregunta metafísica se trasciende como problema y se transforma en misterio, dentro del cual y en cuya esencia, nosotros mismos estamos implicados: al descubrir lo meta problemático, se entiende que el misterio nos abarca. Ello nos lleva a analizar nuestros modos de participación, porque no podemos hacernos a un lado y quedar al margen, como meros espectadores. La respuesta metafísica ante el misterio debe ser, pues, de disponibilidad y apertura.

Sin embargo, para ser capaces de redescubrirnos a nosotros mismos ante el misterio del ser, es imprescindible invertir la jerarquía que la sociedad contemporánea ha establecido entre el ser y el tener (se tiende a considerar que se vale por lo que se tiene y no por lo que se es) y que la ha conducido al absurdo moral y a la alienación, que se manifiestan en casi todos los aspectos de la vida cotidiana: el tener nulifica el ser; sólo transformándose en medio, el tener puede entrar en una dialéctica constructiva con el ser.

Un importante aporte de Marcel, lo constituyen sus análisis fenomenológicos sobre la esperanza como existencial humano. Para él, es un modo original de intercomunicación humana y de personalización; un acto de fe en el otro y en su amor, que dignifica tanto al que espera como a aquel de quien se espera. Por ello, la vida debe vivirse abiertos y esperanzados siempre en la realidad. Espera paciente y confianza, son los elementos básicos de la antropología de la esperanza.

Otras obras de Marcel, además de las dos citadas anteriormente, son *Aproximaciones concretas al misterio ontológico* (1933), *Ser y tener* (1935), *Homo viator* (1944) *Los hombres contra lo humano* (1951) y *El hombre problemático* (1955).

Bibliografía consultada:

Fazio, M Fernández-Lavastida, F Historia de la Filosofía IV. Filosofía contemporánea. Palabra, Madrid, 2004.

Reale, G. Antiseri, D Historia del pensamiento filosófico y científico (T. III). Herder, Barcelona, 1998.

Valverde, C Iniciación a la Antropología Filosófica. Ed. IITD, 3ª Ed Madrid, 1999.

Verneaux, R Textos de Grandes Filósofos: Edad Moderna. Herder, Barcelona, 1982. p. 184.